

Legendarium

ANTOLOGÍA COMPILADA POR
JAVIER PELLICER Y RUBÉN SERRANO



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#legendarium

Colección: Tombooktu Fantasía y Terror

www.fantasiayterror.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus: www.nowtilus.com

Título: *Legendarium*

Autores: ©2015 Ivan Mourin, ©2015 David Jasso, ©2015 Ángel Villán,
©2015 Pedro L. López ©2015 Nuria C. Botey, ©2015 Tony Jiménez, ©2015 Anna
Morgana Alabau, ©2015 Javier Cosnava, ©2015 María Delgado, ©2015 Juan Ángel
Laguna Edroso, ©2015 Ana Morán, ©2015 Gervasio López, ©2015 Rubén Serrano,
©2015 Raelana Dsagan, ©2015 Víctor Morata Cortado, ©2015 Luisa Fernández,
©2015 J. J. Castillo, ©2015 Carolina Pastor, ©2015 Pedro Escudero, ©2015 Javier
Pellicer Moscardó, ©2015 José Luis Cantos Martínez, ©2015 Cristina Puig, ©2015
David Marugán, ©2015 Elena Montagud, ©2015 José Alberto Arias Pereira,
©2015 Mikel Rodríguez, ©2015 Julián Sánchez Caramazana.

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: produccioneditorial.com

Copyright de la presente edición © 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

editorial@nowtilus.com

www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-52-9

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-670-8

ISBN Digital: 978-84-9967-671-5

Fecha de publicación: Enero 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-33746-2014

Índice

Prólogo	11
¿Quién duerme bajo tu cama?	15
Ivan Mourin	
El teléfono	37
David Jasso	
El loco del bisturí	43
Ángel Villán	
La masía	57
Pedro L. López	
La Virgen de la Paloma	63
Nuria C. Botey	
La estaca	71
Anna Morgana Alabau	
Mariquilla	79
Tony Jiménez	
La magia más antigua	101
Javier Cosnava	

La fuente de San Benito	133
<i>María Delgado</i>	
Una noche, en Oroel	145
<i>Juan Ángel Laguna Edroso</i>	
El puente del beso	151
<i>Ana Morán</i>	
De anxeños y cruceiros	165
<i>Gervasio López</i>	
Los amantes de piedra	177
<i>Rubén Serrano</i>	
La doncella soldado	185
<i>Raelana Dsagan</i>	
Leyendas de Mursiya	201
<i>Víctor Morata Cortado</i>	
El secreto de Madīnat al-Zahrā	213
<i>Luisa Fernández</i>	
Tres caramelos	231
<i>J.J. Castillo</i>	
La Cueva de la Mora	237
<i>Carolina Pastor, Raelana Dsagan y Pedro Escudero</i>	
La leyenda del Rat Penat	257
<i>Javier Pellicer Moscardó</i>	
El ataúd	269
<i>José Luis Cantos Martínez</i>	
La Atalaya de las Almas	293
<i>Cristina Puig</i>	

El cura mago de Bargota	299
<i>David Marugán</i>	
Una parca labor	309
<i>Elena Montagud</i>	
Las caras de Bélmez	319
<i>José Alberto Arias Pereira</i>	
¡Umbrales!	333
<i>Mikel Rodríguez</i>	
Las damas del lago	347
<i>Julián Sánchez Caramazana</i>	
Sobre los autores	355

Prólogo

Un **U**n **l**egendarium o legendario es un compendio de leyendas, es decir, un repertorio de esas historias fantásticas o imaginadas que se cuentan como si hubieran ocurrido de verdad y que forman parte de la cultura popular. La leyenda es una narración tradicional que incluye elementos ficticios, a menudo sobrenaturales, la cual se transmite de generación en generación, sufriendo con frecuencia en ese proceso supresiones, añadidos y modificaciones, especialmente para adaptarse al espacio y al tiempo al que pertenecen el narrador y su audiencia.

La leyenda suele estar ligada a un elemento preciso, que se integra en el mundo cotidiano o la historia de la comunidad a la que pertenece. A diferencia del cuento, la leyenda +0 sucede habitualmente en un lugar y un tiempo reales, reconocibles por el oyente o lector, aunque eso no quita para que se incluyan elementos fantásticos.

Las leyendas nacen con el hombre primitivo y su necesidad de dar una explicación a los misterios del universo de una forma inteligible para su mentalidad. A tal fin, aparecieron leyendas que eran expresiones de las creencias y sentimientos humanos, y no una mera invención recreativa. Al igual que los mitos, tenían un sentido religioso. No se relataban para entretener ni divertir, sino para transmitir un conocimiento fundamental.

Fruto de la invención de un individuo, las leyendas eran adoptadas posteriormente por otros y ampliadas con nuevos

detalles para llenar los huecos. Si se extendían y eran importadas por otros pueblos, se adaptaban a su medio hasta acabar considerándose como propias.

Pero el término *legenda* no aparecería hasta la Edad Media, y sería para designar las vidas de santos, más o menos fantaseadas, que habían de ser leídas en los círculos monásticos. Y sólo más tarde, con el romanticismo, se identificaría la leyenda y su formación popular con su particular idea de la historia, entendida esta como «manifestación del espíritu de un pueblo que ennoblece su edad heroica».

En la actualidad, la leyenda constituye un género narrativo concreto que actualiza –o inventa– una mentira literaria preexistente.

Las leyendas son testimonio vivo de la historia y del saber popular que integran el acervo folclórico.

Hay temas recurrentes dentro de las leyendas, que se repiten en relatos de diferentes culturas, como es el caso del diablo, tesoros o determinado tipo de personaje, sufriendo algunas variaciones en su contenido.

En el caso concreto de las leyendas en España, estas mezclan tradiciones muy disímiles, de procedencia celta, ibérica, romana, visigoda, judía, árabe... Por ello, se trata de uno de nuestros más importantes bienes culturales, herencia de la memoria de un pueblo multicultural como es el español.

La abundancia y variedad de las leyendas de nuestro país es tal que sería absolutamente imposible recogerlas todas en un único volumen. No obstante, diferentes autores hemos querido hacer nuestro particular homenaje al *legendarium* español a través de diferentes relatos basados en leyendas tradicionales de nuestra piel de toro.

Así, en el presente trabajo ofrecemos nuestras propias versiones –y visiones– de diversas historias pertenecientes a diferentes regiones de España, recogidas de punta a punta, desde Cataluña hasta Andalucía y desde Galicia hasta Baleares, abocándonos no sólo a las leyendas populares sino también a aquellas narraciones que se escuchan cotidianamente en la ciudad. Y es que también hemos querido tocar alguna que otra leyenda urbana, esas historias que forman parte del folclore contemporáneo y que, a pesar de contener elementos sobrenaturales o inverosímiles

(generalmente emparentados con algún tipo de superstición), se presentan como crónica de hechos reales sucedidos en la actualidad.

Con todo ello hemos compilado una antología de relatos que pretende seguir alimentando el imaginario popular con historias fabulosas, cargadas de misterio. Pero, a diferencia de las auténticas leyendas, las nuestras no pretenden explicar nada ni están al servicio de las creencias de la sociedad. Sólo buscan proporcionar una nueva vuelta de tuerca a algún tema ya existente, trastocando deliberadamente la historia original en la que se asienta para dar paso a una nueva versión. Y todo ello con un fin meramente recreativo, para entretener y divertir al lector con nuevas mentiras literarias que, sin embargo, recobran el verdadero origen etimológico de la palabra leyenda: obras para ser leídas.

En este pequeño muestrario hay historias de fantasmas y espíritus atormentados, de brujas y vampiros, de seres malvados, de lugares encantados y sucesos sobrenaturales, de misterio y horror, de amores imposibles... Son relatos fantásticos cargados de elementos imaginativos, cubiertos de matices y siempre adornados con el fino velo de la fantasía, en los que cada autor, abriendo la puerta a la inventiva, ha sabido dotar a su texto de su propia impronta personal. Esa es la magia de la literatura.

Ojalá que estas narraciones sobrevivan igualmente al paso del tiempo y, algún día, sean también leyenda.

Hasta entonces, sólo esperamos que las disfrutéis.

Javier Pellicer y Rubén Serrano

¿Quién duerme bajo tu cama?

Ivan Mourin

El llanto del niño inundó la noche, y el grito que lo acompañó desgarró a esta, como el siseo de la hoja mellada de acero que había cercenado su garganta, bañándola de un fluido cálido y negro. El gorgoteo que manó de su boca fue aún peor que el chillido, y aun así, nadie en el edificio escuchó nada. Dormían, aunque siempre habrá quien dijo que se hicieron los dormidos.

—Esto es una mierda —protestó Elena, dejando caer una caja a la entrada del piso.

—Cuida esa boca, niña —le reprendió Haritz, cruzando el umbral de lado, cargando otras tres cajas el doble de grandes que la que ella llevaba encima.

—Lo siento —puso los ojos en blanco, resoplando—. Estoy cansada, y las manos se me están llenando de mier...

—¿Esa es la única palabra que te han enseñado en el colegio? —Reprimió una sonrisa, abandonando la carga junto a la cocina—. No necesitas protestar más; estas son las últimas.

—Papá, tienes que prometerme que no nos mudaremos más —se rebeló ella—. Luego te quejarás si tengo problemas de espalda.

—A mí tampoco me hace gracia estar cambiando de piso cada dos por tres. Pero creo que este es el definitivo. Me da buenas vibraciones. —Alzó los brazos, entusiasmado—. Es todo lo que necesitamos: céntrico, acogedor, y grande, que es lo más

importante. ¿Has visto lo bien que ha quedado el despacho? Los pacientes se sentirán mucho más cómodos que en aquel cubículo donde los atendía. ¿Te acuerdas que a uno le entró claustrofobia?

—Pero eso es normal, papá. —Empujó el embalaje con el pie hacia el interior y cerró la puerta, una pesada pieza de madera maciza de casi tres metros con filigranas modernistas y una gran mirilla corredera de metal dorado—. Tratas con tarados.

—Si alguna vez estudias psicología, cambiarás tu forma de ver las cosas.

—Lo que tú digas. —Pasó la cadenilla del cerrojo. Eso le extrañó; nunca lo habían tenido en ninguna de las viviendas anteriores, pero lo hizo impulsivamente. Se encogió de hombros—. Me voy a mi cuarto —carraspeó—, el nuevo.

El hombre no respondió. Desenvolvía el papel marrón que protegía a un cuadro, un óleo sobre tabla, la réplica de una pintura de Goya, *Casa de locos*. Esbozó una sonrisa al entrar en lo que sería la consulta en pocos días. La pintura naranja con efecto óxido de las paredes le daba una nota vanguardista, con el escaso mobiliario oscuro haciendo contraste: un escritorio de principios del diecinueve con tapete de piel verde, ribeteado con hilo dorado, un sillón de piel marrón con tachuelas forradas del mismo material, dos sólidas sillas tapizadas en terciopelo negro, una estantería estrecha, pero alta hasta el techo, decorada con tratados a los que apenas echaba mano, y un diván de teca y piel gris, de patas combadas, que había comprado en una casa de antigüedades de la calle Avinyó y restaurado con un cariño especial, y la velocidad de un patoso.

El timbre de la puerta interrumpió su decisión de dónde colgarlo.

—Ya voy yo —voceó él, sabiendo de sobras que su hija no haría el esfuerzo de adelantársele. Debía de ser el transportista de la colchonería, que había llegado antes de tiempo.

El estómago se quejó de hambre ante el aroma a vainilla y limón del bizcocho esponjoso que sostenían unas manos de dedos nudosos sobre un plato de vidrio amarillo. En el rellano aguardaba una anciana menuda con una cordial sonrisa que estiraba las arrugas de la papada y marcaba la de los pequeños ojos acuosos, cuyo color era difícil de reconocer. La redecilla negra que le cubría la cabeza protegía tres hileras de rulos

El teléfono

David Jasso

—¿Se puede?

Levanté la vista del presupuesto de uno de esos nuevos aparatos que permitían transmitir texto a través del teléfono. La chica me miraba con aire inseguro.

«Oh, oh, problemas», pensé.

—Hola, Mari. Pasa, pasa, siéntate.

Tomó asiento sin mirarme a los ojos. Mi experiencia como jefe de emisiones de una radio local me dijo que algo no iba bien. Mari era una excelente trabajadora, cumplidora, fiable, puntual...

Tenía turno de noche y no era normal verla por la emisora a media mañana, y menos entrando en mi despacho con ese aspecto tan desamparado.

—¿Puedo... puedo hablar contigo?

¡Ups! Mal empezábamos. Tenía pinta de ser algo serio. Esperaba que no se despidiera.

—Sí claro, Mari, ¿pasa algo malo?

Dudó antes de contestar:

—No, bueno... —Subió los hombros— Sí.

Su facilidad de palabra estaba más que demostrada, improvisaba y presentaba discos todas las noches. Me preocupaba que ni siquiera pudiera valorar los hechos.

—No sé —remató.

Sin percatarse de lo que hacía, tomó un ligero mechón de su cabello y comenzó a mordisquear las puntas. Como cuando

realizó la prueba de acceso o cuando entrevistaba a alguien importante...

—Dime. —Estaba empezando a inquietarme de verdad—. ¿Es algún tema personal? ¿Puedo ayudarte en algo?

Asintió muy despacio, encontró fuerzas para mirarme a los ojos y dijo con voz temblorosamente firme:

—No puedo seguir haciendo el turno de noche. De verdad, no puedo.

Ah, vaya, así que era eso: el ingrato turno de noche. La dirección de la emisora había decidido hacía unos meses emitir las veinticuatro horas. Entonces fue cuando contratamos a Mari. Trabajaba de lunes a viernes desde la medianoche hasta las siete de la mañana. Era un turno difícil y aburrido, la persona que lo realizaba se encontraba completamente sola en la emisora y era responsable de continuar con la radio fórmula musical, aunque a esas horas se le daba bastante libertad. Mari cumplía muy bien su tarea, era un buen fichaje: transmitía energía. En mis conversaciones con ella siempre había mostrado su predilección por el turno de noche, afirmaba que le encantaba y que lo prefería a cualquier otro. Además manejaba bastante bien la mesa de mezclas, factor a tener en cuenta, no todo el mundo era capaz de realizar autocontrol. Estábamos encantados con ella.

—Oh, vaya... ¿Estás cansada? —aventuré.

—No, no. Yo lo llevo bien, no es eso. Si yo por la noche me lo paso estupendamente.

—Ah, ¿te ha surgido algún compromiso?

—No, no. —Vio mi expresión desconcertada y encontró fuerzas para seguir adelante—. Es que... es que suena el teléfono.

Vaya, así que alguien la molestaba, sabía que algunos oyentes podían ser muy pesados con sus llamaditas y sus peticiones de canciones. A lo mejor alguien había comenzado a acosarla. Durante el turno de noche ella tenía que atender los teléfonos. En principio, a esas horas no había demasiadas llamadas, así que no había problema porque atendiera a algún oyente insomne. Además del teléfono que entraba directo en antena, existía en el locutorio una unidad con cuatro líneas normales. El timbre se había inutilizado rellenándolo con cartón y se encendía una bombilla cuando alguien llamaba. No había suficiente tráfico de llamadas como para instalar una de esas modernas centralitas automáticas.

El loco del bisturí

Ángel Villán

Continúan los ataques del «loco del bisturí», que sin dejar aún testigos de sus agresiones, ha tomado la leyenda de hombre invisible. Las víctimas aseguran haber viajado solas en el vagón, y que nadie se acercó a ellas durante todo el trayecto en el suburbano.

El Alcázar, 1 de abril de 1959.

—Joder, ¿aún no has vuelto a casa, Sayabera? —El joven inspector alcanzó el asiento de su compañero y se sentó a su lado—. ¡Vaya rebote has pillado con el comisario!

Anselmo Sayabera apuró las últimas caladas del cigarrillo y exhaló el humo envuelto en un suspiro de hastío y abatimiento, humo que se alzó hasta las paredes cóncavas de la estación del metropolitano, ennegreciendo los azulejos otrora perlas de modernidad y progreso.

—Y bien, Ulloa, ¿tú qué esperas que haga? ¿Aceptar que se use a un pobre demente como chivo expiatorio? ¿Poner a la gente, sí, esa gente que juramos proteger, como cebo? Es una locura.

Entre sus dedos arrugaba por enésima vez una de las hojas arrancadas de su libreta.

—Pero ya oíste al comisario. —miró alrededor, cerciorándose de que seguían sin tener ningún oído curioso—. No hay forma de atrapar a este psicópata. Es como... si fuese...

—¡Otro imbécil con el cuento del hombre invisible! —Sayabera estalló, levantándose del banco de un respingo y haciendo volar su gabardina.

—¡Pero ya has visto las declaraciones de los testigos! —se defendió Ulloa.

—A la gente le encanta exagerar y engordar el mito, la leyenda —bufó, lanzando la colilla encendida a las vías.

—¿Y a tus compañeros del cuerpo también les gusta hacer eso? Sus voces retumbaron en los azulejos de la solitaria parada durante largos segundos, adueñándose del silencio nocturno propio del suburbano a esas horas.

—Yo sólo digo que atacar a su ego de esa forma, anunciando la falsa detención, censurando las noticias de los nuevos ataques... es peligroso. Demasiado peligroso. Y gente inocente resultará lastimada.

Sayabera negaba con la cabeza, resistiéndose a la idea de poner al pueblo como cebo.

—Pero esa es la idea: provocarle, que rompa su perfecto *modus operandi* y cometa la equivocación que nos permita atraparlo.

—O que se vuelva más sanguinario y rabioso —replicó él—. No quiero a un psicópata rabioso rodeado de gente.

Uno de los últimos trenes arribó a la estación y se apearon un par de hombres, mientras el conductor ojeaba para ver si los inspectores se decidían a subir o no.

—Hasta mañana.

Sayabera cruzó el umbral de las puertas cuando escuchó la última respuesta de Ulloa de entre los ruidos de la maquinaria: —Quizás... un poco de ensañamiento sirva para acabar con semanas de ataques —dijo antes de que las puertas los separasen.

El razonamiento propio de Maquiavelo punzó su honradez y tambaleó la convicción de lo que era justo o no. ¿El fin justifica los medios? No, jamás lo había justificado, y jamás estaría de acuerdo con eso.

Anselmo se dejó caer sobre el asiento y relajó las piernas. Por un momento pensó en encenderse otro cigarrillo, el vagón iba prácticamente vacío y no molestaría a nadie, pero acabó desechando la idea. En su lugar, sacó el paquete de tabaco y lió un par de nuevos pitillos antes de que llegase a la estación de Menéndez Pelayo.

La masía

Pedro L. López

La mente humana es sin duda uno de los laberintos más oscuros en el que nos podemos perder. Las conductas «casi siempre impredecibles» de las personas nos recuerdan lo frágil que es la cordura y lo sencillo que es quebrantarla.

Estos hechos ocurrieron a pocos kilómetros de Barcelona, en un pueblecito llamado Arenys de Mar donde mi hermana y yo veraneábamos en una masía propiedad de la familia desde tiempo inmemorial. La casona, de gruesos muros y altos techos, había acogido gran parte de nuestras vacaciones de niñez. Aún hoy en día, en plena juventud, a ella le gustaba disfrutar de su tranquilidad, soledad y aislamiento para recluirse días enteros con sus amigas. Esta era una de esas ocasiones. Se aproximaban las fiestas navideñas y aquel era el último fin de semana de tranquilidad antes de que empezaran los exámenes del primer trimestre en la facultad de derecho, así que Julia, que así se llama mi hermana, contactó con una de sus mejores amigas para invitarla a un fin de semana en el viejo caserón color ceniza de nuestros abuelos. Sin duda había elegido bien la fecha. Los próximos dos días eran la mejor opción, ya que nuestros padres estaban en un crucero por las islas griegas celebrando sus bodas de plata y yo me había ido a Londres a visitar a unos viejos amigos. Tras varias llamadas infructuosas, finalmente, mi hermana pudo hablar con Marta. A ella, por supuesto, le encantó la idea de pasar esos días viendo viejas películas, hablando de exnovios y saliendo de fiesta por los

bares de la zona sin ninguna supervisión adulta, solamente vigiladas por Terry, nuestro pastor alemán.

Este can estaba con nosotros desde que nació. Lo recuerdo de cachorro, correteando entre nuestras piernas e intentando mordernos los tobillos para hacernos caer. ¡Un lujo de perro! Siempre que veníamos a esta casa velaba por nosotros. ¡Estar con Terry era estar tranquilo! Siempre venía a lamernos la mano para demostrar que todo estaba bien y no había nada que temer.

Marta y Julia quedaron en la estación de tren de Plaza Catalunya el viernes después de clase, ya con el equipaje preparado y las ilusiones de un fin de semana especial a flor de piel. Tras casi una hora de viaje, donde intercambiaron cotilleos, risas y mucha complicidad, llegaron al pueblecito costero. Ahora les quedaba apenas veinte minutos de camino para llegar a la finca de nuestros abuelos, montaña arriba, y poder empezar su particular fiesta.

Aquella era una noche clara, de cielo despejado y estrellas brillantes, todo ello coronado por una inmensa luna llena que daba una impresionante luminosidad a la villa. Ni siquiera fue necesario que encendieran las linternas para guiarse por la senda que ascendía por la ladera de la pequeña colina, ya que se veía perfectamente.

En la cima se podía divisar la mansión.

Era tal la claridad que se hacía incluso innecesario el farolillo que siempre estaba encendido a la izquierda del portón de madera y que ayudaba a orientarse a los visitantes en las noches más oscuras hasta el mismo frontal de la casa.

Conforme se iban aproximando, Terry, notando la presencia de mi hermana, empezó a ulular y a ladrar de forma descontrolada.

Julia lo llamaba voz en grito mientras ascendía. El motivo era más para darse seguridad en la solitaria noche que para saludar al animal, el cual enloquecía a cada llamada de mi hermana respondiendo con un ladrido más sonoro y nervioso que el anterior.

Por fin llegaron arriba y tras varias vueltas de cerradura con una llave herrumbrosa y descomunal, se adentraron en el jardín donde fueron abordadas por el más grande can que las muchachas habían visto en su vida.

—¡Cómo has crecido, si pareces un oso! —bromeo Julia acariciando al animal.

¡Grande, fiel, cariñoso y entregado! Ese era Terry.

La Virgen de la Paloma

Nuria C. Botey

Unos sostienen que el cuadro reproduce una talla de la Virgen de la Soledad, obra de Gaspar Becerra. Otros niegan categóricamente esta teoría y se apresuran a aclarar que no, que el autor del cuadro es un padre atormentado por el dolor de ver su hija tomar los hábitos de clausura.

Unos y otros están en lo cierto, pero también se equivocan. Porque sólo hay tres personas que conozcan la historia real de la Virgen de la Paloma, y yo soy una de ellas.

Mi nombre es Jacinto Expósito. No sé dónde nací, pero mi apellido no deja lugar a dudas sobre mi lugar de crianza. Por eso no tuve oportunidades de medrar en la vida más allá de las que me ofrecieron los frailes del hospicio.

A los ocho años ellos ya se embolsaban las perras de mi jornal como aprendiz en el taller de un ebanista. Allí me enseñaron a usar la lija, el formón y la gubia, a pulir la madera y a tratarla para su decoración posterior. Con nueve o diez años, el maestro me encargó hacer una pintura de motivos florales en los cajones de una cómoda...Y ya nunca solté los pinceles. Los padres franciscanos, que tenían buena vista para los oficios, supieron orientar rápidamente mi vocación y a los catorce ya era oficial en un taller de pintura. Enseguida encontré dónde hacerme un hueco, volcando todas mis habilidades en plasmar el fervor religioso de santos y mártires en obritas menores para conventos y capillas de barrio.

La estaca

Anna Morgana Alabau

Lo que le producía aquella manifestación era un pavor irracional, primigenio, que le quemaba las entrañas y le impulsaba con todas sus fuerzas hacia el caserío, donde sabía que estaría a salvo. Lo sentía deslizarse tras de sí, como una niebla blanca que reptaba pegada a sus talones, alargando una mano fantasmagórica para arrastrarle con él a las tinieblas, donde no hay descanso eterno, sino el tormento imperecedero de los condenados.

La puerta de roble de la alquería resultaba infranqueable para la maligna presencia, ligada de una extraña pero poderosa manera a la cima del monte, donde se encontraban los pastos. Por eso, cuando conseguía cruzar el umbral y afianzar la puerta tras él, Arnau suspiraba con alivio y cerraba un momento los ojos para escuchar cómo el latir del corazón se apaciguaba en su pecho. Entonces, como todas las noches, la irritante y aguda risa de Bruna se dejaba oír desde la cocina de la casa.

—¡Ya está aquí el valiente! —soltó aquella noche, sin comprobar siquiera que era él quien había entrado en el caserío.

El pastor lanzó un resoplido molesto y se dirigió hacia la estancia. Todos estaban sentados a la mesa, como de costumbre, ante el intenso fuego que calentaba el puchero. Su estómago rugió sonoramente cuando el delicioso olor de la cena le invadió los sentidos.

Mariquilla

Tony Jiménez

La mujer abrió la puerta de su humilde casa, dejando que el sol del mediodía se hiciese un hueco en su hogar, al mismo tiempo que asomaba la cabeza, escrutando el exterior. Podría haber dicho que le era totalmente conocido, aunque, hubiese sido mentira, pues el calvario de la posguerra había convertido su pueblo en algo lejos de lo que había sido en el pasado.

Comprobando que la visibilidad no era demasiado buena donde estaba, dio un par de pasos, evitando el único escalón que daba la bienvenida antes de entrar. Quebrado en algunos puntos, antiguo, pero limpio, el peldaño era una personificación de lo que había sido el pueblo malagueño en otro tiempo, antes de que las penas, el hambre, las enfermedades y la falta de trabajo lo domasen.

Observó con ojos cansados, antaño vivos y alegres, las casas vecinas, algunas de fachadas descuidadas; otras, totalmente desatendidas, con sus interiores abandonados. A Lola le pareció que había sido en otra vida, cuando su calle había estado llena de alegría, de vitalidad, con los balcones llenos de vecinos tendiendo, chismorreando y saludando a destajo, como si fuese un trabajo bien remunerado.

Mientras trataba de apartar de su mente pensamientos funestos, sobre instantes más felices en el lugar que la había visto nacer, advirtió una figura que, renqueante, llegaba del fondo de la calle.

—¡Buenas tardes, Lola! —saludó el hombre, con un vigor que no correspondía a su edad.

—¡Buenas tardes tenga usted, don Bernardo! Le hacía ya almorzando, fíjese —sonrió Lola.

—A eso iba, a eso iba. ¿Cómo está Mariquilla?

—Ahí está, tan mala como siempre. Ya sabe usted.

—Es una niña. Ten compasión de ella. Recuerdo cómo eras tú de pequeña. ¡Más mala que una mosca cojonera!

Lola recuperó el recuerdo con alegría. Había pasado no hace demasiados años, cuando aún era Loli, o Lolilla; luego, creció y se convirtió en Lola.

No tuvo dudas de que, algún día, sería doña Dolores, como su madre.

—¿Y usted cómo está? —preguntó Lola, educadamente.

—Voy tirando, hija. Ahora que mi hijo ha vuelto, mucho mejor, aunque no hay mucho que hacer en el pueblo. No me gustaría irme, pero el pobre de mi hijo, si se queda aquí...

Lola asintió. No tenía que terminar la frase, pues sabía lo que iba a decir: lo mismo que habían dicho la mitad de los que se habían ido.

—Yo estoy aquí esperando a mi madre, que me tiene que ayudar con la cazuela —explicó Lola.

—Pues la he visto junto a casa de Agapito, charlando con don Mauricio. Ya sabes cómo es tu madre, que se entretiene con una mosca que pasa —don Bernardo forzó la vista, al ver a una persona que se acercaba a ellos—. ¡Ahí está! Te dejo, hija, que tengo un hambre que va a poder conmigo.

—¡Cuídese mucho, don Bernardo!

El anciano asintió, movió levemente la boina como despedida, y siguió su camino, a paso lento, pero sin demora.

A los pocos segundos, Lola pudo ver con claridad a su madre, doña Dolores, a quien esperaba con los brazos cruzados y gesto disgustado.

—Ya era hora, madre. —Lola se apartó para dejarla pasar.

—¡Ay, hija! Qué nervio. En eso siempre serás igual que tu padre, que en paz descansa.

Dolores soltó el bastón que, supuestamente, usaba para apoyarse.

—He estao a punto de comer sin usted, que lo sepa.

La magia más antigua

Javier Cosnava

Me ha invadido la enfermedad,
me pesan todos los miembros,
me ha abandonado hasta mi cuerpo.
Si los médicos acuden a mí,
mi corazón rechaza sus remedios.
Los magos se ven impotentes
ante una enfermedad que desconocen.

Pap. Chester Beatty

En una ocasión, Ka me había dicho: «El país de los astures es el más sabio y floreciente de todos; en él no hay norma, ni ley, ni principio consuetudinario que no haya parido el raciocinio entre semejantes. Todo allí resulta apolíneo y perfecto, equilibrado y cabal, acaso en oposición a esa cuna de analfabetos, ese burdel dionisiaco del que procedes, y que los astures han de soportar por molesto vecino y corruptor. Mas no creas que los individuos son mejores que en parte alguna, pues la mente humana está horadada por mil gusanos y podrás ver al trasluz doquiera que vayas, concluye tan sólo que la cultura y el estudio se han instalado en sus dominios, y su conocimiento se divulga y extiende como el hedor a excremento en los otros reinos, por lo que siempre habrá de ser más placentero deambular por estas tierras, conversando con asnos cultivados, que no con haraganes que se pavonean de su condición de ignorantes sumidos en el

ridículo y el bochorno. No te quepa duda, el país de los astures es el Elíseo del que nos hablan los antiguos, la Edad de Oro te parecerá allí no tan remota como suponías, y cuando hayas hollado su superficie y trates a sus gentes y te acostumbres a ellas, pues a veces pueden resultar engreídas hasta el agotamiento, tus ojos se llenarán pronto de lágrimas el día de nuestra partida».

No di mucho crédito a sus palabras. Moon-ka, tan pausado y comedido en otras cuestiones, perdía fácilmente la compostura y la ecuanimidad cuando se trataba del país de los astures, en el que había pasado parte principal de su infancia y aún sospecho que era natural, y del que guardaba gratos recuerdos, acaso magnificados por no haber tenido ocasión de regresar a sus confines hasta aquel día. De todas formas, tan pronto pasamos la frontera, una pestilencia ocre y acerba salió a nuestro encuentro, vestigio de campos incendiados y de carne podrida; la pobreza en su máxima gradación, la desesperación y la carroña, nos dieron la bienvenida y nos acogieron entre lamentos entrecortados, efímeras exclamaciones de alegría (agudas muestras de histeria y de locura) y llantos de infantes de abotargadas facciones aferrados a los cadáveres de sus mayores, cobijo de putrefacción y de insectos. Eso es lo que vi, y las palabras de mi maestro se perdieron como el polvo ante el abrasador viento del páramo, y pienso que el propio taumaturgo comprendió que no puede confiarse ni en la memoria, quizás la última lección que le quedaba por aprender.

—¡Dios!

Un espectáculo dantesco vino entonces a aturdirnos y a consternar nuevamente nuestra mirada. A la vuelta de un recodo, el camino se separó en tres bifurcaciones; cada una se retorció de norte a sur para terminar en la misma localidad, una rara costumbre que es muy propia de los astures, pero esto no es en modo alguno terrible ni puede causar pavor. Mas sí y por el contrario la forma en que se señalaba cada vía, con un enorme poste en su inicio y cada pocos metros, de tal manera que el recorrido podía seguirse en la distancia por medio de ellos; y en el extremo superior de cada uno, un pobre caído en desgracia, este despedazado, este destripado, con las tripas salpicando en derredor, aquel estrangulado con su propia lengua, aquel suspendido por los pies o por las manos o por el cuello o por el miembro viril hasta la muerte, y cada fila continuaba hasta perderse de

La fuente de San Benito

María Delgado

El nutrido grupo de viajeros llegó cansado a la fonda, donde fueron recibidos con visibles muestras de alegría por los patronos, contentos de tener de nuevo la casa llena, sinónimo de dinero fresco, contante y sonante, para viandas y demás necesidades familiares.

Acomodaron a los animales de los forasteros en las cortes traseras, donde sus dueños les echaron unas buenas raciones de paja y agua para la cena, y acto seguido entraron ellos mismos en el comedor de la rústica fonda.

No era la primera vez que aquellos tratantes llegaban con sus terneras y sementales por aquellas remotas tierras cuajadas de un verde lujuriente, pero todos comentaban las hermosas vistas que tenían ante sí, y el deleite para los ojos que significaba un viaje a Grou. Los patronos sonreían satisfechos por las alabanzas a su tierra, e iban saludando con muestras de familiaridad a sus huéspedes. Sin embargo, entre los viejos conocidos les llamó la atención un joven alto y espigado, que no sonreía, pero lo miraba todo con ojos asombrados, sin osar abrir la boca.

—Y, ¿quién es este muchacho? —preguntó la patrona, señalando al joven con la cabeza.

—¿Que no le suena cara conocida, doña Rosa?

—Y luego, ¿debía de sonarme?

—Claro, mujer, pues el joven es el hijo del desdichado Ignacio, que murió el año pasado. Creo que ya le habíamos

referido la noticia de la muerte del compañero, que se despeñó cuando atravesaba un paso de montaña, ya llegando cerca de Castilla...

—¡Ay, Dios mío! Sí recuerdo. Recuerdo la noticia. Qué pena. Tan cumplido señor que era el Ignacio, Dios lo tenga en la Gloria... —Se persignó con rapidez la robusta patrona—. Y el chico es su hijo, dices...

—Sí, doña Rosa. El mayor de sus hijos. Dejó otros seis el pobre Ignacio, aparte de la viuda, claro. El joven Paio no tuvo más remedio que hacerse un hombre y ocuparse del negocio familiar. ¿Quién si no, cuidaría de su pobre madre y mantendría a sus hermanos?

—Pues ahora que me fijo, sí que tiene un aire en el semblante a su padre, sí. Dios le dé mucha suerte y mucha salud, que parece tan joven y sin experiencia de la vida...

—Dieciocho años que tiene, no más...

Mientras su compañero hablaba de él con doña Rosa, el joven Paio, que era la primera vez que pisaba la fonda de Grou, se dedicaba a contemplarlo todo con sus ojos inexpertos, como queriendo grabarse cada detalle. Se notaba que era un joven sumamente curioso y con grandes deseos de aprender cualquier cosa que la vida quisiera enseñarle.

Tras fallecer su malogrado padre, no le había quedado más remedio que hacerse a los caminos y continuar la trata de ganado, como había hecho aquel. Pero Paio no pensaba que fuese algo definitivo. Al menos, él no aspiraba a pasarse la vida siempre de viaje en viaje, fuera de su casa, enfangado por caminos impracticables, pasando frío y mojaduras. Siempre quería prosperar; estaba decidido a ello, sólo que todavía no tenía idea de cómo lograrlo. De un natural callado y reservado, escuchaba y miraba todas las cosas, grabándose las a fuego, por si algún día pudiese sacar provecho de esa información.

Cuando todos hubieron acomodado a sus animales, pasaron al comedor, donde los patronos de la fonda ya habían conseguido ponerles una buena mesa junto a la lumbre, para que se calentasen. Nada más sentarse, comenzó a correr el buen vino de la zona en abundancia, junto con los manjares de que disponía la casa aquella velada: caldo de berzas, carne ó caldeiro, jugosas patatas cocidas con huevos y chorizos de la casa, y una pesada broa

de pan de maíz, cocida aquella misma mañana en el horno comunal.

El vino tinto, ácido y lleno de color, que servían en la fonda iba mojando y ablandando los gznates y el sentido de los comensales, y pronto todos estuvieron riendo y hablando de todo un poco, con el optimismo de quien espera una buena venta.

Paio escuchaba la conversación de sus compañeros tratantes y los paisanos que había en el local sin atenderles demasiado, sumido como estaba en sus cavilaciones, imaginando cómo iba a ser su vida cuando hubiese ahorrado el dinero suficiente como para no tener que echarse a los caminos a ganar el pan.

Entró entonces en la fonda un viejo enjuto, completamente encorvado, que avanzaba con dificultad, carraspeando de continuo, al que acompañaba, tomándolo delicadamente del brazo, una hermosa joven, pequeña y rubicunda, de grandes y profundos ojos castaños, que para quien la observara de cerca, delataban una sabiduría impropia de sus pocos años.

Todos se volvieron a mirar al dispar grupo que formaba aquella extraña pareja. Y las conversaciones cesaron un instante.

—¡Pero miren quién está aquí! —exclamó doña Rosa, acudiendo al encuentro de los recién llegados mientras frotaba enérgicamente sus manos no muy limpias en su amplio delantal—. ¡Si es don Pedro con la niña Odila!

Besó y abrazó al viejo y a la chica, con evidentes muestras de regocijo, y quiso buscarles un lugar para acomodarlos junto al fuego, mas como estaba ocupado por el grupo de tratantes, se volvió hacia estos.

—Señores, ¿les importaría hacer un hueco en este banco para este anciano y su nieta? El pobre hombre es muy mayor, y siempre tiene fríos los huesos...

—Por supuesto, faltaría más; siéntense con nosotros, caballero y señorita. Y hagan el favor de tomarse algo en nuestra compañía.

Don Pedro y su nieta se sentaron cerquita del fuego, justo enfrente del joven Paio, que no podía dejar de mirar a la bella joven. Ella lo advirtió y se sonrojó un tanto, mientras apartaba de él la vista.

Sirvieron al viejo un buen vaso de vino, que hizo brillar sus ojillos astutos. La nieta, en cambio, declinó el ofrecimiento,

Una noche, en Oroel

Juan Ángel Laguna Edroso

Los ecos de San Juan se apagaban en la lejanía. La hora bruja se Lescurría entre sus dedos. Sobre sus cabezas, donde los pinos punzaban la noche con sus agujas ennegrecidas, la luna, ahíta, iluminaba el bosque. Jaca había quedado reducida a un espejismo en la lejanía, aparcado en ese rincón incómodo de la memoria a donde los adolescentes barren, a base de litronas, aquello que les molesta. Esa noche, Izarbe había despejado bien a fondo la suya. Acunada por la marihuana, miraba, ausente, la pincelada rubia de su nuevo amor de verano. Hans, ignorante de aquella devoción, fumaba entre risas apagadas, íntimas, con Valerie, otra de las estudiantes de la universidad de verano, otra aventurera de fin de semana con la cabeza repleta de sueños.

De fondo, ejerciendo de anacrónico bardo, Conan desgranaba la enésima disertación sobre los druidas y los vatos celtas. Quizás sus padres habían determinado su destino al bautizarlo en honor a sir Arthur Conan Doyle, quizás su ascendencia irlandesa, conjugada con su infancia en Bretaña, había avivado los rescoldos de una antigua tradición perdida. Lo único seguro, en aquella eterna noche de verano, era su voz y el brillo de sus ojos.

—Aquí también hubo celtas —dijo Izarbe, apenas un suspiro—, pero apenas quedan huellas. Algunos menhires, algunos términos relacionados con el agua. Se los llevó el tiempo...

—Nunca se van del todo. Sus espíritus impregnaban la tierra, su propia sangre la fertilizaba. Sus trazas siguen ahí para quien

sabe mirar en el lugar adecuado. En las iglesias de montañas... ¿cómo las llamáis? Son antiguos lugares de culto a la naturaleza.

—Ermitas —sonrió Izarbe.

Un momento de calma mágica se posó sobre los cuatro, pero la muchacha no supo asirlo: no los había conducido, de noche, a la cresta de la Peña Oroel para contar historias de campamentos. Aquello era sólo un medio, un paso intermedio en el camino. Como el mochuelo, pensaba cobrarse una presa antes de que saliera el sol. Por eso, añadió:

—Hans, deberías hacer uno de tus reportajes sobre los menhires. Podría llevarte a ver algunos que son casi por completo desconocidos. Hay hasta un dolmen, no lejos de aquí. ¿Qué te parece?

No obtuvo respuesta: el joven alemán se había dejado cazar ya por otra ave nocturna, su cuerpo había dado a tierra y gemía herido de placer.

Al darse cuenta, Izarbe se puso en pie y se alejó del grupo. Diez pasos al interior del bosque y la oscuridad volvía a ser absoluta. Se sentó en una roca e intentó adivinar los despeñaderos entre los pinos. Un escalofrío recorrió su espinazo.

Alguien se acercaba, sigiloso, a su espalda. Sabía quién, pero no pudo evitar que se le cortara el aliento.

—Gracias —dijo Conan con su voz soñadora—. Es una noche perfecta.

—En realidad... —empezó a replicar ella, pero él la cortó con un susurro:

—No, no digas más —le dijo y, al mismo tiempo, le tendió su pipa.

Por un momento estuvo tentada de rechazar su ofrecimiento, de lanzar aquella estúpida pipa de falsa madera lo más lejos posible, para que sus motivos de hadas y duendes de tienda hippie terminasen sepultados por la auténtica magia de aquella naturaleza apenas domesticada. Sintió un deseo irrefrenable de hacerle pagar su descontento, su frustración.

En vez de eso, se llevó la pipa a los labios y, cuando él prendió el mechero, aspiró con fuerza. Las semillas de beleño crepitaron en su lengua y las brumas del sueño invadieron sus ojos. Al reclinarsse contra la roca se sintió levitar, como si una mano invisible, poderosa tirara de ella hacia el firmamento. Sonrió al sentir

El puente del beso

Ana Morán

Dos cabezas cercenadas trazaron una parábola perfecta para hundirse en las azules aguas de la Villa Blanca. Estaban unidas en un beso tan eterno como la hipnótica cadencia de la marea.

Hidalgo, orgulloso señor de la atalaya, contempló horrorizado la mano que acababa de segar aquellas vidas, la suya propia. Aunque más doloroso era alzar la vista y encontrarse con aquellos dos cuerpos abrazados: el de Cambaral, auténtico terror de los mares, y el de su única hija. Y desviar la vista sería todavía peor. Pues estaba seguro que vería lástima y temor en los ojos de los mismos vecinos que sólo unos días antes lo contemplaban con reverencia.

La mayor de sus victorias se había convertido en su peor derrota. Porque sí, su astucia lo había llevado a derrotar y apresar al pirata más temido, pero no pudo impedir que este se hiciera con el corazón de su propia hija. Había salvado a sus convecinos de ser asesinados, robados y vendidos como esclavos. Pero hasta esa victoria se desvanecía al ver el modo en que estos miraban el charco de sangre que se extendía por el malecón.

Era el peor de los finales para una historia que tendría que haberse cerrado con fanfarrias y que se había iniciado con un alarido de pánico.

—¡Piratas! —Era el grito más común en las localidades costeras asturianas y ahora resonaba en las calles de Luarca. Nadie

hablaba de otra cosa, más que de la amenaza que pronto llegaría del mar.

—Son moros venidos de Argel —afirmaban algunos.

—No, home, no, estos vienen de Normandía. Los moros están acostumbrados a las aguas mansas del Mediterráneo. Pero los normandos... esos sí que saben moverse por nuestras costas.

Aquella afirmación, y otras similares, no eran extrañas en las calles de la villa, ni tampoco en las tabernas cercanas al puerto como aquella. Esta vez venían de la boca de un marinero al que un accidente de pesca obligaba ahora a ganarse la vida reparando redes.

Algunos de los congregados asintieron ante la afirmación. Otros le miraron desdeñosos, sin atreverse a hacer un gesto de desprecio, y unos pocos se encogieron de hombros.

Para ellos poco importaba de donde viniera la amenaza. Moros o normados, en nada cambiaba el resultado. Saber aquello no les daría ventaja en el combate cuando llegasen los piratas ni devolvería la vida a los que ya habían caído víctimas de su acero. Tampoco creían que para las mujeres que habían sido secuestradas y vendidas como esclavas, cambiase demasiado ser subastada por un moro o por un normando.

Pero, al menos, las teorías ayudaban a entretener la angustiada espera. Que no a tranquilizarlos.

—Hace unos días cayó Avilés —comentó uno de los congregados.

La noticia sólo era un poco menos terrible que la del avistamiento de uno de los barcos de la flota pirata frente a sus costas. Si Avilés, acostumbrada a combatir todo tipo de ataques de piratas sedientos de su señorial riqueza, había caído, qué no ocurriría con su pequeña villa.

—Pero hay poblaciones que no han caído. Las que están en los dominios del Conde de Noreña.

Si el hombre que había dicho esas palabras pretendía calmar el temor que les aquejaba no lo logró. El Conde de Noreña tenía un arma al que hasta los piratas debían temer. Una villa, marinera como la suya, pero que en el pasado ya hiciera temblar a los temidos vikingos cuando trataron de invadirla.

—Eso es porque hasta los piratas tienen miedo de enfrentarse a esos gijoneses, tan piratas o más que ellos.

De anxeliños y cruceiros

Gervasio López

Aquella noche, la oscuridad del bosque se entreveraba de copos de nieve y aromas de muerte. La nieve caía con una levedad hastiada, en grumos gordos, tenuemente azulados por los destellos de la luna; la muerte, con una pesadez brutal, rebosante de certezas e infalibilidad.

Apenas soplaban el viento, y las pocas lechuzas que había en la zona, seguramente ateridas por el frío, tan sólo rezongaban ocasionales graznidos lastimeros, más por costumbre o naturaleza que por comunicarse o alternar. Las ramas de los árboles, arracimadas de heladuras, enflaquecían por el peso que se veían obligadas a soportar, y el suelo, alfombrado de escarcha y de destellos irisados, parecía confabularse con la quietud que reinaba por doquier, al delatar, aún de forma efímera, la presencia de cuantos se pudieran acercarse por allí.

En él quedaron estampadas las últimas pisadas de Lucinda, la bruja de Barbeitos, conocida en toda la comarca por su horrible reputación. Su paso, cojitranco y de escaso alcance, dejaba en la nieve una huella asimétrica, titubeante a la derecha; rotunda y definida al lado contrario, donde siempre aparecía, además, el hoyo afilado y profundo del bastón.

El crujido monocorde de este, abundante de carcoma y de años, le confería a su andar ciertas notas de melodía funeraria o de paso de procesión, que anticipaba, además, las exequias anónimas que su trabajo siempre conllevaba; un trabajo denostado,

Los amantes de piedra

Rubén Serrano

Al atardecer, pocos minutos antes de que se pusiera el sol, salí del hotel donde me alojaba, con la intención de dar un largo paseo por la playa. Era verano y yo estaba disfrutando de mis vacaciones en un pequeño pueblo costero del norte de la península. Había ido hasta allí con la intención de descansar, pero no descartaba la posibilidad de vivir alguna extraordinaria aventura o sumergirme en un intenso idilio amoroso. Esto último era una idea especialmente atractiva y sugerente para mí. El tiempo estival había despertado en mí sentimientos de amor y me invitaba a soñar con hermosas sirenas surgiendo del mar, con hábiles Amazonas cabalgando sobre sus espléndidas monturas por la playa o con la diosa Venus, desnuda e inmóvil sobre una gran concha, tal y como la pintó Botticelli.

Sí, yo sentía que el verano era un tiempo para el amor. Además, el lugar, el entorno, también contribuía a aumentar esa sensación. Estaba inmerso en un mundo nuevo, un mundo pacífico, romántico e inocente, poblado por criaturas agradables y seres benignos, sin los demonios de la gran ciudad. Parajes tranquilos, verdes paisajes, mares de aguas azuladas y atardeceres de fuego. Sin duda, era el escenario perfecto para el amor...

Por eso, cuando ella pasó a escasos metros de mí, a lomos de un blanco corcel, galopando suavemente como llevada por el viento, sentí que un extraño fuego recorría todas y cada una de las partes de mi cuerpo, así como de mi alma.

Yo acababa de llegar a la playa y me había sentado sobre una roca para quitarme los zapatos, con el fin de caminar descalzo sobre la arena. Inmerso como estaba en esta tarea, apenas sí me di cuenta de su llegada, y sólo cuando oí relinchar a su caballo alcé la cabeza y pude contemplarla durante unos breves segundos.

Fue como una aparición maravillosa: parecía una diosa, una diosa de la belleza y del amor, flotando en una nube de luz blanca y esponjosa.

Era realmente hermosa. Unos grandes ojos claros destacaban en aquel rostro divino, casi tanto como los rosados labios. Una gran cascada de cabello dorado, decolorado por el sol veraniego, caía delicadamente sobre sus hombros, acariciando suavemente su piel bronceada, mientras el vestido de fina gasa dejaba entrever sus contornos juveniles.

Creo que en aquel instante dejé de respirar y pude escuchar los latidos de mi corazón golpeándome salvajemente en las sienes. No cabía duda de que me había enamorado. Me sentía atraído por aquella muchacha desconocida...

Sin embargo, ella ni siquiera se había fijado en mí. Había pasado como una exhalación, con la mirada fija en el horizonte, sin ver nada de lo que tenía a su alrededor.

Y yo permanecí allí, inmóvil, observándola mientras se alejaba. Sentía que se me escapaba, pero sabía que no podría hacer nada para retenerla. Aquello me dejó aturdido y confuso, como si algo dentro de mí me dijera que eso no podía estar ocurriendo. Había encontrado a la mujer de mi vida y ella había pasado de largo. Era absurdo. Los Dioses no permitirían algo así... ¿O sí?

Por si acaso, decidí seguirla. Me sacaba bastante ventaja, pero eso no me impidió echar a correr tras ella. Tenía que saber adónde se dirigía, dónde vivía, quién era...

La vi a lo lejos: había descendido del caballo y se había sentado en una roca a contemplar el mar. O, al menos, eso me pareció en un primer momento. Luego, al aproximarme más, descubriría que no era el mar lo que observaba, sino un peñasco de roca gris que se alzaba entre aguas turbulentas. Parecía embelesada, como si aquella peña ejerciera algún extraño influjo o atracción sobre la joven.

Decidí que no era apropiado perturbar su tranquilidad en ese momento, así que me abstuve de acercarme a ella. No quería

La doncella soldado

Raelana Dsagan

Hablar... Decir la verdad, por una vez... Debo daros las gracias por haberme dejado traspasar las puertas del convento, señor fraile... Padre... ¿Hermano? Hace mucho que nadie me oye en confesión, no sé cómo debo llamaros. Los muros son muy altos, me siento extraña entre estas paredes, tan distintas a los cuarteles donde ha transcurrido gran parte de mi vida. Porque es lo que he sido todo este tiempo: un hombre de armas. Mentira tras mentira, sangre tras sangre. Este lugar está lleno de fantasmas vestidos de blanco. Es tan extraño el silencio. Me hace estremecer. He participado en tantas batallas que hace tiempo que dejé de contarlas, lo que más recuerdo de ellas era el ruido, estridente, ensordecedor, pero me sentía... segura.

El silencio en cambio me da más miedo, porque se oye mi voz más clara, no hay nada donde ocultarse. Estaba segura en medio de las mentiras y ahora a mi alrededor sólo hay silencio y verdad. Son ropajes incómodos para mí, como lo sería para vos si os quitáis esos hábitos blancos. No creáis que he olvidado quién soy, padre, no lo he hecho. Lo tengo muy presente. Soy mujer, a pesar del yelmo y las armas. Lo oculto, me hago pasar por un hombre, pero sé lo que soy. La mentira sólo hace que me sienta más segura, porque puedo controlarla. La verdad sólo me ha traído problemas. Una y otra vez.

La primera mentira se la dije a mis padres, cuando apenas había dejado de ser una niña. A veces pienso que las cosas podrían

haber sido de otra manera si me hubiera atrevido a decirles la verdad. Si les hubiera hablado de Él... Hace ya tanto tiempo, he olvidado tantas cosas, sin embargo recuerdo cada momento, cada instante que pasé con Él, como si lo llevara grabado a fuego en mi cabeza, como si hubiera ocurrido ayer, como si yo fuera todavía aquella jovencita que paseaba por las calles de Almería, esperando cruzármelo en cualquier esquina. A veces no nos encontrábamos, otras sí. Sonreía. Siempre rodeado de amigos, nos mirábamos sin decir nada. No podíamos. Él venía de Granada a visitar a unos parientes. Yo, en aquel entonces, era Victoria Acevedo, la hija de don Antonio, demasiado importante para mezclarme con cualquiera.

A Él no podía mirarlo por encima del hombro, era tan de buena familia como lo era yo. Habría sido el hombre ideal si nuestros parientes no hubieran estado enemistados desde hacía años. Como en uno de los romances que cantaban en las fiestas, romances en los que los amantes terminaban muriendo juntos para que no los separaran, incapaces de renunciar al amor.

Nunca estuve dispuesta a eso. Amaba y era correspondida, no podía pensar en morir, ni en renunciar a toda una vida juntos. Era una niña caprichosa acostumbrada a tener todo lo que se me antojara. Y sólo lo quería a Él. ¿Puede usted entenderlo, padre? Qué lejano me parece todo ahora. Sin embargo no soy capaz de olvidarlo. Mi primer error, mi primera mentira. ¿Me arrepiento? Supongo que sí, por eso estoy aquí.

Quería contárselo a mis padres, pero no sabía cómo hacerlo. Nunca supe cual era la disputa que separaba a nuestras familias, alguna rivalidad transmitida de padres a hijos, cuyo origen se había perdido. O puede que en aquel entonces lo supiera y ahora no lo recuerde. Almería está tan lejos. A las gentes las recuerdo desvaídas, como si nunca hubieran sido del todo reales. Sé que a muchos no los reconocería si los volviera a ver ahora. A Él sí. Él permanece nítido, como si sólo hiciera unas horas que nos hubiésemos separado.

Y hace tanto tiempo.

Los recuerdos vuelven en oleadas. Unas duelen, pero otras son dulces. Nunca había contado nada de todo esto, perdone si sonrío al recordarlo, padre. No debería sonreír, pero no puedo evitarlo. Aquella fue mi juventud. Mi ilusión. Lo que perdí hace ya

Leyendas de Mursiya

Víctor Morata Cortado

La ciudad se encontraba bulliciosa. Era el crepúsculo de una tarde de invierno, en esos minutos que el sol apura sus rayos tras el horizonte lejano. El emir de Córdoba, la capital de al-Ándalus, había bautizado aquel lugar con el nombre de Mursiya. De eso hacía ya unos cuantos siglos, en el año 825.

Alëix aguardaba a las puertas del ilustre teatro. Aquel era un día especial, era un día de aniversario y había más gente que nunca esperando en la plazoleta. No importaba la obra a representar, ni tampoco que entre la mayoría de los presentes se encontrara un escogido elenco de personalidades. Ambas hojas se abrieron con un leve chirrido y, como fieras enardecidas por el látigo de un salvaje domador, los espectadores se apresuraron a cruzar el umbral. Comenzaron a ubicar sus posaderas en el lugar que se les indicaba en las entradas.

Muy pocos pasaban por taquilla para recoger alguna reserva; la gran mayoría ya había recibido su invitación o, al igual que Alëix, pase de prensa. En estos actos, no era extraño echar en falta a algunos personajes de renombre popular; muchos preferían llenar sus bolsillos antes que perder el tiempo con eventos de este tipo. Sin embargo, ese día había aforo completo, hecho claramente apreciable sin necesidad de pasar revista.

Un cartel en la taquilla rezaba «agotadas todas las entradas» desde hacía varias semanas; el taquillero había permanecido en su puesto más por guardar imagen que para cubrir ventas. Una

vez pasó el último invitado, un empleado, vestido de gala para la ocasión, cerró las puertas tras él y se apresuró para ayudar en los asuntos que pudieran requerir los actores.

Dentro se respiraba la excitación que siempre precede a las representaciones teatrales, ese alboroto extraño que aúna susurros a voces, frases cortas y saludos de cortesía entre asistentes demasiado alejados como para darse la mano y prolongarse en una conversación. Las luces aún se encontraban encendidas en su plenitud; los acomodadores se acercaban a los despistados para indicarles su asiento con excesiva amabilidad; la música de fondo se mostraba tímida al oído. Poco a poco, la sala iba recuperando el silencio, el mismo silencio de las horas de su soledad, esas horas de palcos durmientes y de aullidos fantasmales que algunos decían se prodigaban entre aquellas paredes. El conjunto se veía, desde la platea, espectacularmente bohemio. Con sus asientos dorados y rojos, dispuestos en una especie de semicírculo que se abría en hileras hacia el cielo, casi hasta tocar el techo. Con el telón carmesí, pesado e impaciente, al final del pasillo. La cuarta pared, la de los espectadores, se manifestaba cada vez con menos alboroto. Aún quedaba tiempo para que la obra diera comienzo. Antes de abrir las lonas y dar paso a los actores, acontecería el discurso del alcalde y, tal vez, el de algún literato invitado ducho en las artes escénicas.

Entre toda aquella gente se encontraba, en la tercera fila a la izquierda, un individuo de cabello despoblado en su coronilla y signos manifiestos de una vejez inminente. Miraba con atención a su alrededor, calibrando el número de espectadores. A su lado, estaba Alëix, un hombre de apariencia juvenil, de cabellos negros, espesos, repeinados hacia atrás. Tomaba notas sobre una libreta mientras ajustaba con el índice de su siniestra la montura de sus gafas. De forma obstinada, el anciano no tardó en fijar su atención en la tarea de Alëix. Ante la incomodidad de verse observado de tal manera, el joven tomó por impertinente a aquel tipo y le mantuvo la mirada con cara de no demasiados amigos. Para su sorpresa, Alëix recibió una sonrisa amable y unas palabras:

—Perdone si he interferido en su tarea. ¿Es usted acaso periodista?

—Más bien... —Alëix miró con desconcierto y suspicacia a aquel que se sentaba a su lado y atajó la conversación, no estaba

El secreto de Madīnat al-Zahrā

Luisa Fernández

En la Córdoba cristiana, Isabel la Católica se quejaba a menudo del ruido que producía la noria de la Albolafia, a modo de rueda «llorona», cuando el Guadalquivir venía crecido. Ordenó que la desmontaran, pues por su proximidad con el alcázar le costaba dormir. Pero los más antiguos del lugar decían que el sonido quejumbroso no provenía del molino, sino del viento que llegaba desde las ruinas de Madīnat al-Zahrā' arrastrando los sollozos del espíritu cautivo de Azahara. Y otros, que el llanto era de algún djinn³ o geniecillo amable que quedó prisionero entre la espuma del río tras otorgar sus tres deseos. De cualquier modo su voz será siempre el aire que respira esta hermosa ciudad, que en los tórridos veranos avecina tormentas a la caída de la tarde.

Siguiendo el curso del río, donde el agua semejara desangrarse por sus pozas, las cuevas de los tintoreros y curtidores salían al paso del caminante incauto que desconoce la ingratitud del olor a alumbre y el cuero tratado. El viento ondeaba las piezas de seda puestas a secar en largas varas, como gallardetes que señalaran el camino hacia los primeros arrabales. Los barrios se arracimaban

³ Genio de la mitología árabe, por lo general amable. Los humanos pueden esclavizarlos con un objeto; a veces permanecen cautivos dentro de recipientes, botellas y lámparas. Suelen ser bromistas y embaucadores.

en callejuelas llenas de color, serpenteando hasta perderse en las distintas puertas de la medina; dilatándose en zocos con multitud de tiendas y talleres. Mil lenguas se mezclaban en un aire dulzón de pan tierno y especias que se fundía a los aromas de los perfumistas. Todo un plantel de artesanos mostraban sus productos, atrayendo a nubes de curiosos. Las escribanías eran parte poderosa de la ciudad. Copistas transcribiendo libros que pasarían a engrosar las bibliotecas comunes y la del alcázar: una fortaleza de planta cuadrada, cuyos alminares se recortaban contra el escorzo púrpura del cielo.

Tras las celosías de arenisca, la luz tamizada de los candiles producía sesgos en el suelo del patio. Las canciones suaves entibiaban la atmósfera acompañadas del laúd y la flauta. Bellas danzarinas se contorneaban al son, y los cascabeles de sus tobillos seguían el ritmo de los pies desnudos.

Una hilera de fornidos eunucos, armados con alfanjes, custodiaba la entrada al serrallo. Eran mudas estatuas de ébano, nacidos para ser la sombra de lo máspreciado del harén.

Dentro, el bullicio de mujeres y niños se dejaba sentir en las ricas estancias. En la más amplia, como un diminuto universo metido en un orbe, las esclavas cuidaban de los hijos de sus amas, mientras ellas se deleitaban del sonido de la cítara y los versos de algunas poetisas. Un intenso aroma a incienso, ámbar y almizcle ascendía de los pebeteros diseminados por doquier y, en un aposento contiguo, varias *neggachas*⁴ preparaban a la recién casada para la primera noche con el sultán. Una vieja esclava la peinaba, dándole conversación, mientras la muchacha cubría su desnudez con una túnica de perfumada seda.

—Nuestro emir Abdallah es apuesto y joven, todavía —refirió la sierva—. Pensad que podría haber sido un anciano o un niño. Allah os sonrío, mi señora Íñiga.

—¿Allah...? Olvidas que soy cristiana.

—Cristiana... viuda y fértil, no lo olvidéis vos. Lo que sí debéis borrar de la memoria es vuestra estirpe; en el tálamo caliente de un sultán no hay cautivas ni infantas, sólo mujeres

⁴ Maquilladoras encargadas de la decoración corporal de la mujer. Para ello solían emplear henna: una sustancia extraída de las hojas y tallos de una planta llamada *Lawsonia alba lam*, también conocida como alheña.

Tres caramelos

J.J. Castillo

Mis dos hijas vinieron a cenar el viernes pasado... Con la pequeña puedo equivocarme, pero cuando le sucede algo a la mayor, lo noto enseguida. Sus ojos, la cabeza gacha y la forma indiferente de darme el beso, me basta para saber la noticia que trae consigo. No pregunté y esperé a que su marido o ella sacaran el tema. Como las horas pasaban y el asunto no brotaba a la superficie; en vez de eso, en mi lado de la mesa, mi yerno, como siempre, se limitaba a hablar de su trabajo y los asuntos que le quitaban el sueño. Al otro, Nine escuchaba furtiva a su hermana y a su madre.

Los hijos de mi Beatriz revoloteaban a nuestro alrededor.

Nine se levantó y se marchó al piso de arriba y nos quedamos en silencio.

—Déjame —dije a mi esposa al ponerme en pie.

Subí y encontré a mi hija arrodillada en su habitación ante la cama como hacía de pequeña.

—¿Por qué lloras?

Sabía la respuesta pero quería oírla de sus labios. Me recordó tanto a su madre, aquel día.

—Papá, no podemos, no podemos tener hijos —me dijo.

Su voz estaba agrietada por el dolor.

—Bueno, hija...

Y ahí me quedé. Ella se agarró a mi pierna y lloró con más fuerza, si cabe; como el día de reyes que unos niños le robaron su bicicleta.

Le dije que esperara y fui a mi despacho. Abrí la caja fuerte y cogí el escrito que llevaba treinta y dos años sin tocar.

—Vamos a tomar un poco el fresco —le dije al regresar y la cogí de la mano.

Atravesamos el salón de cabo a rabo, y mi mujer protestó:

—¿Dónde vais ahora?

—Disculpádnos un momento. Ahora venimos.

Salimos y cruzamos hasta el bar.

Cuando llegamos al velador, llamé al camarero. Nos sentamos e intenté romper la tensión ofreciéndole tabaco a Nine; sabía que fumaba desde los dieciséis, pero por respeto o por vergüenza, aún no lo había hecho delante de mí.

Se volvió a negar.

Pedimos café y el camarero nos dedicó una mirada extraña antes de irse.

—Tu madre y yo nos conocimos en el Llano de Benzú, ella trabajaba en una portería y yo de transportista con tu abuelo, lo has oído cientos de veces. Después, se quedó embarazada y nos vinimos aquí para casarnos. Bien, hija, voy a contarte algo que le prometí que no contaría a nadie.

El camarero regresó, sirvió los cafés y se fue.

—En Ceuta, siempre he repartido con el camión por la zona norte. Una vez me alejé tanto que me perdí... Tu abuelo me esperaba con una carga en un cruce de villa que ahora no recuerdo el nombre. Empecé a notar que me había perdido; llegué a pensar que ya no estaba en territorio español y me acobardé. Así que paré el camión. Estaba en una carretera secundaria que cruzaba un inmenso bosque que no me dejaba ver en la lejanía. Paré y eché a andar en busca de alguien a quien preguntar. Y di con un caserón, un tractor y un establo...

—¿No teníais emisora por entonces?

—En aquellos años sólo los militares las tenían. Llamé a la puerta y escuché cómo alguien bajaba apresuradamente unas escaleras. Me abrió un hombre anciano, con unos increíbles ojos azules. Le expliqué que me había perdido, que buscaba tal cruce, tal carretera... pero no parecía escucharme. Porque comenzó a hablar a mi misma vez en una especie de dialecto. El viejo me agarró del brazo y me introdujo en la casa. Empezó a decir que su mujer y él estaban muy asustados, que no sabían

La Cueva de la Mora

Carolina Pastor, Raelana Dsaqan y Pedro Escudero

Pedro estaba agotado. El día había sido muy largo. Demasiado. Tenía un aspecto demacrado, tirado en el sofá, con el botón del pantalón desabrochado y los ojos medio cerrados. Eran cerca de las diez. Debería irse a la cama a descansar. Todavía era miércoles y la semana iba a ser muy larga. Su jefe quería los informes de peritaje terminados para el viernes.

Laura, su mujer, apareció por la puerta del salón hecha un basilisco. Estaba roja como un tomate. Pobre, para lo que le iba a servir. Comenzó a gritar y a gesticular como si le fuera la vida en ello.

—Sí, claro —respondió Pedro con desidia—. Lo siento mucho.

Ni siquiera sabía de qué le estaba hablando.

Laura agitó un calcetín sucio en el aire. Pedro creyó comprender. No había recogido los calcetines al quitárselos por la noche y se habían deslizado debajo de la cama. Al menos esa era la excusa que usaba él, aunque en realidad siempre les daba una patada para que no estorbaran. Había repetido tantas veces aquella mentira que se la había llegado a creer.

Su mujer no tuvo suficiente con las disculpas. Se conocía aquella cantinela de memoria. La había escuchado ya muchas veces, tantas como el «mañana lo hago a primera hora» y su primo hermano: «este fin de semana sin falta».

—Bueno, tranquila, que tampoco es para tanto.

Laura estalló. Pedro contó hasta seis —pensaba contar hasta diez, pero no pudo más— y empezó a gritar también. Intercambiaron

groserías, mentaron a sus respectivas madres y se soltaron un par de pullas de esas que duelen de verdad, de las que sólo te puede hacer alguien íntimo, en quien confías. Laura rompió un cenicero y Pedro recogió los trozos. Ambos se sintieron humillados. Odiaron y les dolió odiar. La vida es una mierda cuando pasan los años y el príncipe azul se tira pedos en la cama y a la bella durmiente le da por dejar de salir de fiesta y prefiere ver la televisión hasta tarde.

Se fueron a la cama sin hablarse, cada uno mirando en direcciones contrarias. Era la bronca de la semana, o una de ellas. A la mañana siguiente harían como si no hubiera pasado nada. Era la única manera de aguantar el tirón.

Una hora más tarde, después de dar mil vueltas en la cama, Pedro se levantó y fue al servicio. La rabia se lo comía por dentro. Laura roncaba como si no hubiera pasado nada y él sólo tenía ganas de aplastarle la cabeza a puñetazos. Con un movimiento lento, disfrutando de cada instante, sacó un Trankimazin del fondo del cajón del mueble del baño y se lo puso debajo de la lengua. A medida que el amargor se extendía por su paladar notó cómo sus problemas se difuminaban.

Susana se agachó a recoger el tacón del zapato. No tendría arreglo, por supuesto, pero aun así lo metió en el bolso. Tenía que pasarle a ella, romperse el tacón justo antes de la entrevista que podía cambiar su vida. Bueno, de todas formas daba igual. No iban a darle el puesto, no merecía la pena ni presentarse. Ni siquiera sabía por qué no daba media vuelta en vez de estar allí parada, mirando la puerta, dudando si llamar o no.

No lo hizo. Se dio media vuelta y se alejó cojeando. Había sido una tontería intentarlo siquiera. Ser encargada en el supermercado le habría supuesto un aumento de sueldo que le hubiera venido muy bien, pero ella nunca había tenido suerte y estaba segura de que no tenía posibilidad alguna de conseguir el puesto. El tacón sólo había servido para devolverla a la realidad antes de que hiciera el ridículo más espantoso. En realidad había tenido suerte, sí, porque llamar a aquella puerta habría sido mucho peor.

Intentó convencerse de eso durante todo el camino de vuelta a casa, se dijo que intentaría pegar el tacón del zapato, que la

La leyenda del Rat Penat

Javier Pellicer Moscardó

E per tal que los hòmens coneguessen, quan hauríem passada aquesta vida mortal, ço que nós hauríem fet [...] e per dar eximpli a tots los altres hòmens del món...

(Y para que los hombres conozcan, cuando ya hayamos pasado esta vida mortal, lo que hemos hecho [...] y para dar ejemplo a todos los otros hombres del mundo)

Llibre dels feits
Jaime I de Aragón

En el año 1238 de Nuestro Señor, y habiendo sido testigo de la grandeza de la fe, yo, Maymó Pellisser, decido poner por escrito el relato de un suceso extraordinario del que puedo atestiguar presencia, del cual guardaré recuerdo hasta el fin de mis horas.

Grande es la victoria cuando se lucha por lo que es digno, y mayor cuando nos asiste la razón. Pues atrae los prodigios del Padre Creador, cuyo amor es lo único que no ha de perecer jamás, por los siglos de los siglos. Su gracia y merced se posó en nuestros actos a través del Señor Jesucristo quien, conocedor de todas las cosas, vio en nuestros corazones el afán por defender la Palabra.

Valencia es, al fin, cristiana. ¡Cuánta sangre ha costado! Hombres valerosos han dado su vida por llevar la cruz a estas tierras; hombres que nunca volverán a rozar a sus mujeres, a acunar a sus

hijos al amor de la lumbre. Sin duda Dios los tiene ahora en su regazo.

Muchas batallas han quedado atrás. Luchamos bajo el mando del corazón más insigne que he conocido: nuestro amado Jaime I, a quien Dios hizo rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel, señor de Montpellier. Lo seguí con devoción desde que llegué de Francia, pues vi que era hombre de grandes logros y alma agraciada. Él nos guió, por él enfrentamos todas las penurias y sinsabores que siempre trae consigo la guerra; las mismas que el Santísimo nos envió, unas veces por buscar la prueba de que éramos rectos, otras como el castigo de un padre a un hijo que hubiera cometido un pecado. Pero don Jaime, que era el más grande defensor de la fe, no permitió que dudas o temores hicieran de nuestros espíritus cadáveres condenados a la cobardía. Por él entregamos vida y sufrimiento. ¡Con gusto y pasión!

Amparados bajo su estandarte, tomamos Morella y Borriana. ¡Y no fueron victorias sencillas! Pues además de enfrentar a los moros, el rey tuvo que lidiar con la desconfianza de algunos de los suyos y con las arcas casi vacías de su renta.

Recuerdo en una ocasión, tras poner sitio a la mencionada Borriana, que uno de esos grupos de infieles trataron de robarnos siete animales, entre rocines y mulas. Por la puerta que miraba a Valencia salieron, y se adueñaron de nuestras bestias con la alevosía del sigilo. Pero bien que lo advirtió el caballero Guillermo de Asin, y tras dar voz de alarma, pronto partió en busca de los sarracenos ladrones, recuperando con gran arrojo parte del latrocinio. He aquí el valor de nuestra hueste, he aquí nuestro orgullo.

Pero dicen los sabios que a camino pedregoso mayor es el triunfo. Ningún escollo pudo detener el arrojo de don Jaime, pues era un hombre capaz de alzarse sobre todo inconveniente. Ante semejante ímpetu, los sarracenos que moraban en Peñíscola se entregaron de buena gana al vernos llegar. Y ni ellos tomaron semejante decisión con vergüenza, ni nosotros les presentamos burla, pues habían actuado con la honradez que otros no supieron mostrar.

Siguieron tan buen ejemplo las villas de Cervera, Chivert y Vilafamés... Hasta Castellón se postró a nuestros pies, maravilladas

El ataúd

José Luis Cantos Martínez

Cartagena, 10 de enero de 1903

Pedrico, el zagal de los Martínez, me miró de hito en hito, el pelo alborotado bajo la gorra de pana y las manos resguardadas en las axilas. La mañana había despertado muy fría.

—¿Un ataúd, José? ¿Has dicho un ataúd?

Reí al ver la expresión de asombro en su rostro lampiño. Era un chico vivaracho e impresionable al que su padre —muy buen amigo mío— puso bajo mi tutela a fin de que aprendiera un poco el oficio de carromatero. «Poco hay que aprender...», le había dicho yo a su padre, «...únicamente a guiar a las bestias». Lo cierto es que el chaval me echaba una mano cuando era necesario cargar peso, en el aseo de los corceles y, lo más importante, me hacía buena compañía en los viajes más largos. Y este era el mayor de cuantos se me habían encargado. Debo confesar que, en un principio, el encargo no me dio buena espina, pero en los tiempos que corren nadie desestima un céntimo.

—Sí, Pedrico, un ataúd.

—¿Alguna vez has llevado uno en el carro?

—He llevado tantas cosas —reí—. No, nunca uno de esos. Y no creas que me hace mucha gracia, pero no hay que hacerle ascos al trabajo.

El chico pareció comprender, tiritó y devolvió la mirada al camino.

Los cascos de los caballos resonaron hasta que llegamos a la zona más bulliciosa del puerto, donde barcos enormes atracaban llenando el cielo encapotado con sus bocanadas de humo negro. El mugido de las bocinas y la algarabía del gentío que circulaba trayendo y llevando la mercancía nos engulló sin que nos diéramos cuenta. Al llegar al muelle indicado, tiré de las riendas y miré mi reloj de bolsillo.

—¿Hemos vuelto a llegar temprano, José? —se quejó el crío.

—Como siempre. Todos pueden llegar tarde; nosotros no.

—¡Pues yo me muero de frío!

—Toma —dije soltándole unos céntimos y señalándole una taberna, justo frente al muelle—. Ve y pide a la Mari que te caliente un vaso de leche. Y dile que si falta dinero, que se lo fíe al José.

El chaval saltó del carromato con la facilidad de los trece recién cumplidos y, tras esquivar a un par de portadores que no dudaron en mentarle a sus padres, se metió en la taberna.

Yo también descendí, aunque con menos gracia. Puse el morral a los caballos y me guardé las manos en los bolsillos. Sobre las hombreras de la chaqueta y mi coronilla calva sentí caer el resaca de una mañana que se negaba a nacer. El salitre se me pegaba a las mejillas mientras observaba un carguero del que un grupo de hombres, rudos y malhumorados, bajaban largas cajas de madera. Sobre el casco, el nombre del barco en un idioma incomprensible.

—Gracias por su puntualidad.

La voz sonó tras de mí, afilada como un punzón helado. Un individuo espigado y grácil, de tez pálida, pómulos marcados y ojos hundidos en cuencas violetas, me dedicó una leve reverencia. Vestía un chaqué negro a rayas grises y un sombrero hongo, también negro.

—José Francisco Espinosa —me presenté estrechándole la mano.

—Tanto gusto, mi nombre es Piet Avram —tenía un acento muy marcado, paladeaba las erres y salivaba las eses, pero parecía dominar con soltura nuestra lengua—. Represento al dueño de la mercancía a transportar.

Su mano era fina, de dedos largos, pero dura y firme. Pude observar también que, tras él, cuatro hombrachos de pieles

La Atalaya de las Almas

Cristina Puig

Solos la inmensidad y yo. El canto de las olas y el silbido del viento. La atalaya era mi refugio. Allí me pasaba horas conmigo mismo, además de ser el lugar donde me ganaba la vida vigilando la posible entrada de una escuadra enemiga.

Tenía orden de enviar señales a otra torre vecina ante cualquier avistamiento de piratas o corsarios, para que estas llegasen al Palacio Real de Mallorca. En mi tarea me suplía otra persona. Mi compañero solía quejarse de la dureza del oficio porque pasábamos muchas horas en soledad y silencio, sin hacer prácticamente nada más que estar observando el mar, pero me apasionaba. Siempre elegía el turno de noche porque era cuando el cielo se transformaba en mi Biblia, en mi fuerza y en mi fe. Solía sentarme en el maticán a contar estrellas y observaba las distintas fases lunares. Los días de tormenta veía los rayos caer y la lluvia lanzarse sobre un piélagos furioso. Desde ese mismo lugar observaba a diario una lámina de plata, aunque, por desgracia, no del mismo modo en que lo hago ahora.

Una alfombra azulada e infinita se extendía ante mis pies, mientras un manto de cielo y la Madre Tierra me acogían en su regazo. Yo sentía aquello como si todo formara mi universo particular, privado. Recuerdo que solía anotar en un pergamino, bajo la luz de un velón, los sentimientos que me provocaba estar allí en lugar de dedicarme a mis obligaciones.

Una gélida noche de invierno, la ventisca escupía sobre las aguas, encrespándolas con su fuerza bruta. Las olas se batían, chocando desafiantes contra las rocas, y parecían querer trepar hasta la atalaya. La tormenta no cesaba. De pronto, algo me inquietó. En el portón sonaron unos intensos golpes. Las armas con las que contaba allí no eran muchas: dos arcabuces, varias espigardas, unas cuantas libras de pólvora y algunas balas. Cargué con rapidez un arcabuz y me dirigí con sigilo a la puerta, dispuesto a evitar cualquier peligro. Apunté al frente y al abrir descubrí que no había nadie. Salí de la torre y anduve por los alrededores bajo la lluvia. Al no ver a ninguna persona opté por regresar a la fortaleza. La noche siguiente ocurrió lo mismo. No pude saber quién había aporreado el portón; sin embargo al amanecer descubrí algo más. Al comenzar mi jornada, encontré un trozo de pergamino clavado tras la puerta, en el que podía leerse: «Abandona en los próximos días la torre o acabaré con tu vida y mi tripulación derribará la atalaya».

Alarmado ante el mensaje, le expliqué a mi compañero lo sucedido. Me dijo que no sabía nada sobre aquella extraña misiva ni había visto a nadie cerca de la torre. Me aseguró que él mismo informaría a las autoridades del Palacio Real y me aconsejó que no me preocupara. A medida que se acercaba la noche, la inquietud me devoraba por dentro y carcomía mi mente. Antes de comenzar el turno, me ocupé de inspeccionar los alrededores. Cuando estuve seguro de que estaba solo, regresé y me dispuse a escribir. Transcurridos unos segundos, sucedió de nuevo. Llamaron otra vez. Decidido, cogí el arma y abrí con rapidez, pero no descubrí nada. Al entrar, mis ojos no pudieron dar crédito a lo que contemplaron.

El arcabuz cayó al suelo.

Un ser muy alto, de silueta delgada, permanecía inmóvil frente a mí. Al verlo, sentí que su mirada vacía traspasaba mi alma y parecía querer quebrarla. Al instante percibí que no estaba vivo, a pesar de que respiraba. Un horror informe y enfermizo se apoderó de mi ánima, desangrándola, para quedar instalado en ella, y mi cuerpo comenzó a temblar. Los nervios me destrozaban. Supe que en cualquier momento me desmayaría.

Parte de su rostro quedaba semioculto por un sombrero oscuro de ala ancha. Los ojos, carentes de vida, no dejaban de acecharme. La nariz aguileña y los dientes afilados parecían sobresalir del

El cura mago de Bargota

David Marugán

Ese domingo, cuando Johanes entró en la vieja iglesia de Santa María, después de la hora sexta, se hizo un silencio sepulcral en la feligresía. Algunos se atrevían a murmurar, señalando aquella figura alta y tocada con un ancho sombrero de paño negro cubierto de nieve, mientras caminaba con paso reposado y desafiante hacia el altar mayor.

—¿Habéis visto la nieve que trae en las alas del sombrero? A buen seguro que viene volando de los Montes de Oca este demonio.

—Conteneos, Nuño, que estáis en la casa de Dios —repuso la esposa del esquilador dándole un fuerte codazo y santiguándose.

Johanes se arrodilló ante el sagrario haciendo una breve reverencia, se quitó el sombrero y alzó la vista sonriente hacia las bóvedas estrelladas. Debía comenzar la misa, ya era tarde y los bargotanos estaban impacientes por escuchar a su párroco. Giró la cabeza para contemplar la talla de la Virgen de la Esclavitud y, por un momento, su semblante se entristeció en un sentimiento de culpabilidad. Luego, se incorporó y comenzó a rezar en latín con una letanía dulce e hipnótica, escudriñando a su fiel auditorio.

La tarde tocaba ya a su fin. Juan Lobo le esperaba agazapado en las sombras. Johanes parecía saberlo; no se sorprendió lo más mínimo cuando entró en casa quitándose su gastado sombrero y le vio con la cara tiznada, con los ojos brillantes a la luz del hogar, como una alimaña temblando de miedo junto al fuego.

—Vaya, vaya. Aquí estáis, en mi humilde morada y anoche-ciendo, el más terrible capitán de bandidos que conociese el reino de Navarra, Juan Lobo de Codés. ¿He de tener miedo acaso? ¿Qué negocios os traen a la casa de un pobre clérigo? —dijo en tono irónico retirándose la capa.

—Me buscan los arcabuceros de la Cofradía de Torralba para prenderme. Son más de una veintena —susurró Juan mirando a su alrededor con desconfianza.

—No temáis nada, todavía andan por Viana. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Llebadme con vuesa merced. Dicen que podéis cabalgar en las nubes o galopar a lomo del esqueleto de un animal. Antes de que caiga la noche, con ayuda de vuestra magia, podría estar a veinte leguas y escapar de esos rufianes —suplicó Juan observando los centenares de extraños libros apilados aquí y allá por toda la estancia.

—Haré algo mejor que eso, pero antes decidme... ¿Qué me daréis a cambio?

—Bien sabéis, brujo, que no poseo ni un real de vellón. Todo lo dejé allá por Azuelo cuando tuve que huir denunciado por ese maldito pechero⁸. Te digo que si lográis zafarme del regidor daré mi alma a Belcebú si es preciso —exclamó el maleante convencido, mostrando un herrumbroso cuchillo con las cachas de hueso en un amago de cortarse en el antebrazo como juramento.

—De cierto os digo que ya lo habéis hecho —respondió Johanes antes de estallar en una estrepitosa carcajada.

Juan Lobo le escuchaba con atención, asintiendo excitado mientras le contaba los planes que tenía para él. El clérigo, con los ojos desorbitados y la mirada perdida entre los frascos de unguentos, agitaba las manos frenético explicando los detalles.

Aquella noche hubo «candilada»⁹ en la casa de Marina. Las ancianas hilaban en corro descansando sus curtidos pies sobre un manto de paja limpia recién tendida. Teresa, la nieta de Marina,

⁸ Plebeyo, del pueblo llano.

⁹ Tradicionales reuniones a la luz de los candiles, normalmente formadas por mujeres.

Una parca labor

Elena Montaguá

La abuela Martina tenía unos ojillos chispeantes que sacaban una sonrisa a cualquiera. Éramos cinco primos, pero yo era su nieta preferida. Porque era la chiquilla más lista del pueblo, la más vivaracha.

Sin embargo, cuando cumplí quince años, los ojos de la abuela Martina se tornaron oscuros y tristes. Y en ocasiones la descubría observando con melancolía la infinita negrura de la noche, vacía de estrellas.

Por eso le pregunté. Y porque la abuela Martina era ya una anciana centenaria y no mostraba ningún signo de morir.

Si hay algo que los mortales deseamos más que nada en este universo hostil, regido por un dios maquiavélico y burlesco, es no morir nunca; poseer el don de la inmortalidad.

Todavía hoy recuerdo la tarde en que me acerqué sigilosa —una muchachita casi tísica con unas piernas largas y escuálidas— a su mecedora y me senté a su lado, acariciándole el largo cabello gris. Sentía por la abuela Martina suma ternura. Mi madre había muerto cuando yo contaba con tan sólo seis años, así que la abuela se había convertido en mi segunda madre. Por las noches, cuando me acompañaba a la cama, antes de dormir me relataba siempre una historia, a cada cual más fascinante. He de decir que la abuela me había regalado su corazón, pero también sus historias. Leyendas que despertaban en mi interior el fuego de la curiosidad. Además, la abuela Martina tenía un modo

peculiar de contarme los cuentos: sus ojos brillaban a medida que se acercaba a los finales. Entonces, al acabar, me daba un enorme beso en la frente y aseguraba que tenía un bolso mágico en el que guardaba todos los cuentos que me narraba, y que jamás se acabarían. Las leyendas que más me gustaban eran aquellas relacionadas con pueblos de alrededor de Valencia. Cuando la abuela se casó, pasó a vivir a la capital, pero de pequeña había vivido en Altea.

—¿Quieres un poquito de pa, oli i sal²¹? —me preguntó, acariciándome la mejilla con cariño.

Asentí con la cabeza alegremente, mientras observaba cómo se levantaba de la mecedora y se dirigía a la cocina a paso lento. Me trajo una gran rebanada de pan tostado con aceite y comencé a comérmela con ansia. Todo lo que cocinaba la abuela —aunque fuese tan sencillo como esto— me parecía la gloria. Entonces me miró y vi de nuevo la oscuridad y la tristeza en sus ojos. Dejé el pan en la servilleta y la abracé.

—¿Sabes la leyenda del árbol embrujado?

Negué con la cabeza, contenta porque me iba a contar una nueva historia tan interesante y fantástica como todas las demás. Se reclinó en la mecedora, balanceándose tímidamente, con la mirada fija en la pared. Y entonces comenzó, con su voz acariciadora, a contarme el cuento que jamás olvidaría...

Érase que se era, una muchacha que corría hacia un árbol respirando con dificultad. Antes de llegar, tuvo que detenerse y se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en los muslos e intentando coger el aire que le faltaba. Miró hacia el horizonte y se dio cuenta de que a tan sólo unos metros estaba el árbol de la leyenda que más le había llamado la atención. Se limpió las sudorosas manos en el delantal del vestido y echó a correr de nuevo.

Los mitos y leyendas abundan en la historia de la humanidad. Se inventan para entretener a los hombres, pero también para dar explicaciones a hechos que resultan inexplicables.

²¹ Pan, aceite y sal.

Las Caras de Bélmez

José Alberto Arias Pereira

A Bélmez de la Moraleda
A María Gómez

En la primera visita, muchos se sentían decepcionados. No era este el caso de Iñaki. Él, admirador confeso de lo paranormal, oyente puntual del programa *Milenio 3* y lector empedernido de toda publicación de tintes extraordinarios, se sintió agradecido al universo. Las Caras estaban ahí, y eso era cuanto importaba. De hecho, nada más cruzar el umbral, fotografió el momento y los detalles de la conocida casa: el olor a pueblo, a antiguo, a la casa de sus abuelos cuando era niño, la poca luz, la bombilla anaranjada pendiente del techo, las fotografías y pósteres en las paredes, el sonido del televisor, bastante discreto, y a la dueña de la casa, María, tan imponente como la había imaginado. Sobre la mesa había un plato con habichuelas y una ensalada de lechuga y tomate, tan humilde como la estancia.

—Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes. Pasa, pasa aquí a ver las Caras.

Iñaki se preguntó cuántas veces habría pronunciado esas palabras la mujer para adoptar la naturalidad con la que se dirigía a los extraños.

—No quería molestar, la he pillado comiendo.

—No pasa nada, hijo. Estoy acostumbrada. Además, a mí no me molesta. ¿De dónde vienes?

—Ahí va, soy de Irún, del País Vasco. Me he pegado toda la noche viajando.

—¿Y vienes solo?

—Es que mi novia dice que estas cosas le dan miedo, pero a mí sí me gusta.

—¿Que dan miedo las caras? ¿Las has visto? Mira, mira, aquí hay una grande, ahí en la pared. Esa es de las primeras, que la arrancaron. Se llama la Pava.

—Sí, sí. Me sé los nombres. Esa es la del Pelao, ¿no?

—¿Sabes por qué le dicen el Pelao? Porque está calvo, mira la cabeza.

María rió y señaló con el dedo. Iñaki tuvo entonces la sensación de que la cara destacaba más sobre el fondo gris del suelo.

—Y las Caras, ¿cómo se dio cuenta de que habían aparecido?

—Uh, eso fue hace mucho. Un día que venía yo de comprar y me puse a guisar pa cuando volviera mi marido, y entonces la vi en la cocina. Estaba yo mala con las fiebres, que me dieron muy malas, y mi nieto se echó a llorar, y cuando estaba sacando los pimientos del aceite la vi en el fogón.

—¡Pues vaya, qué miedo!

—Al principio me dio algo de susto y fui a llamar a las vecinas, y ya cuando lo vimos todos empezó a venir más gente.

—¿Y ya se hicieron famosas?

—Qué va... si mi hijo picó donde la cara, pero luego volvió a salir.

—¿Picó el cemento para que ya no viniera más gente?

—Para que nos dejaran tranquilos, pero luego salieron más.

—Se hizo usted famosa.

—Me sacaban en la tele y en la prensa, y venía gente de toda España y del extranjero también. Vinieron de Alemania, de Barcelona, de Marruecos, de Sevilla...

—Vamos, que les faltó venir de la Luna.

Iñaki observó las Caras una a una, rasgos en el suelo, dibujos grises que conformaban toda una galería de facciones humanas. La imagen era perturbadora. Le recordó al Guernica, aunque mucho más primitivo... Más real.

—¿Y no se sabe todavía de dónde salen las Caras?

—Ahora dicen que es mi familia que murió en el santuario de la Virgen de la Cabeza. Ha salido un libro con las fotos.

¡Umbrales!

Mikel Rodríguez

Mucho se habla y escribe en estos días sobre los tiempos oscuros. Sin embargo, apenas unos pocos elegidos –o condenados– han tenido verdadero contacto con ellos. Yo soy una de ellos.

Estamos en *lamia-osin*, cuya traducción sería, un poco libremente, ‘pozo o cueva de las brujas’... Aunque todo comenzó unas semanas antes en la biblioteca de los jesuitas de San Sebastián. Tras muchas gestiones y no pocas reticencias, el septuagenario bibliotecario nos trajo de los fondos reservados el libro buscado: el antiguo *Tabidum regnum* (El pútrido reinado) de fray Jonás de Novara, fechado en 1661. El libro en sí no tenía nada de particular salvo que la edición era de 1818. Pero en la biblioteca, que había heredado los fondos de la Inquisición tras su supresión en 1820, había bastantes volúmenes de aquella época y aún anteriores.

Disponíamos de un permiso especial para llevárnoslo durante una temporada. Puede que fuese mi imaginación, pero me pareció que el bibliotecario se alegraba de entregarnos el libro, como quien respira al librarse de una pesada carga.

El argumento de fray Jonás era simple y manido: las aberraciones y sacrilegios de los euskaldunes antes de su total conversión al cristianismo, sacrilegios que venían *ex aeterno* y que el

mismo Iñigo Aritza no había podido erradicar. Estos sacrilegios, aunque con menor intensidad, habrían pervivido durante siglos, finalizando sólo cuando su muy Católica Majestad, el rey Fernando, entró en Navarra con los familiares del Santo Oficio. La Inquisición en algo más de una centuria habría extirpado el mal, a pesar de haberse introducido incluso en alguno de sus miembros, como en el inquisidor Gerundio de Oñate, quemado en Iruñea por tratos con el Diabólico.

La obra era una espléndida muestra de la política centralizadora llevada a cabo por la Corona de Castilla-Aragón, y por eso la había elegido como el tema para mi tesis. Se trataba además de un libro que, aunque citado con frecuencia, apenas nadie vivo había leído. Desde que se abolió la Inquisición no había tenido reedición alguna y sólo se conocía la existencia de media docena de ejemplares repartidos entre Roma, Oñati, Madrid y Donostia.

En el Departamento de Historia Moderna de la facultad enseguida estalló la polémica. Algunos de sus miembros, como Ion Goikoetxea y Ioseba Etxarte, defendían que lo único que se había perseguido, torturado, condenado y quemado era la cultura y la sabiduría de un pueblo apegado a su tierra. Otros, como mi amiga Aizpea, estimaban que en el fondo de la cuestión, tras mucha hojarasca, podía atisbarse un verdadero mal de pervivencia pagana o herética, que practicaba asesinatos rituales, antropofagia y algo más. Algo que ella nunca acababa de definir. Yo, quizá porque mi situación laboral no me permitía enemistarme con ningún grupo, mantenía una postura que pretendía ser equidistante, aunque en mi interior probablemente estaba más acorde con los primeros.

La tirantez creció hasta el punto de que, tras una fuerte discusión, Aizpea nos aseguró que nos proporcionaría pruebas tangibles de la certeza de su teoría. Desde luego, el libro no le resultaría de gran ayuda. La mayoría de los santuarios de la Divinidad Oscura o de los prados del aquelarre que citaba resultaban muy conocidos y visitados; servían como verdaderos parques temáticos para turistas. Otros tenían una localización ignorada para las personas del siglo XXI.

Las damas del lago

Julián Sánchez Caramazana

Tengo cinco hijas. Bueno, no me explico bien. Tenía cinco hijas. Ahora lo entenderéis. No hay que apresurarse. Una es su esclava. Se trata de la mediana. A las dos pequeñas, me consta que las mató. Creo que viven o no. De eso no estoy seguro. Porque no están vivas, más bien es la mediana la que está más viva, pero me consta que está muerta.

Nos fuimos del pueblo al extrarradio de la ciudad, y del extrarradio a la capital. Mal asunto. No hay manera. Es imposible. Si se encapricha, pronto encuentra otro fondo marino. Ella es la dama del lago, pero encuentra hábitat en cualquier oscuridad húmeda.

Te sigue.

Te persigue.

Ella y las que son como ella.

Pasean, caminan, son huellas de sangre, son huellas de muerte, son pasos, son mujeres, damas, asesinas.

Yo mismo he estado a punto de caer en su maligna y maldita atracción. El encanto de su horror te aprisiona. Perfume macabro, indómito, sensual, de textura atractiva. Ella es el hada del pánico.

Mis dos hijas vivas –las únicas que considero vivas porque están conmigo– me clavaron ayer las manos y los pies a dos maderas con las que formaron una tosca cruz extraordinariamente alta para alejar el peligro de ellas.

La ahogada —sí, eso es lo que es la dama del lago—, llegó hasta el jardín y la piscina del bloque del vecindario chorreando sangre y agua. Porquería del fondo marino colgaba de su rubia cabellera. La transformación se había consumado y la bella, y engañosa hermosura física, se mostraba en disonancia con la bestia en el horror fétido de su muerte de siglos, en el hambre que acampa en sus ojos y pasos.

Sus fauces se abrieron enormes y sus colmillos querían clavarse en mi cara, mientras extendía los brazos hacia mí.

Tuve que evitar mirarle a los ojos. Vomité encima de mí por el nauseabundo olor que emanaba de ella.

Desde que la vi acercarse y elevarse, desde que contemplé cómo caía más sangre bajo ella, comencé a rezar. Mis oraciones detuvieron su boca a escasos centímetros de mi frente, paralizando sus afiladas intenciones. Cuando más se acercó, salvaje y retadora, volvió a detenerse. El agua bendita de mi cara y de mi cuerpo quemó sus ojos, el rostro, su cuerpo, creándole ampollas, atravesando su carne y piel muerta, y se desplomó contra el suelo.

Odio e ira concentrados es lo que atisbé cuando la vencí.

Mireia apaga el televisor, tira las sábanas lejos de ella y se levanta ágilmente de la cama. Se ha teñido el pelo de azul y contempla orgullosa su cuerpo desnudo en el espejo de su habitación. Los reflejos del cabello la hacen más seductora. Su desnudez es un aroma que vuela lejos de su apartamento en La Sagrera. Un perfume que se evade del espacio doméstico y se cuela por el aire siendo olfateado por las cinco damas que han subido a esta parte de la ciudad siguiendo a su madre y amante desde el fondo del Mediterráneo. Cinco bellezas muertas que viven por la noche y siguen los pasos de ella siendo huellas.

Nadie sabe nada, o casi nada, sobre el monstruo, sobre la ahogada. Su realidad asesina se remonta a varios siglos y se la ha combatido sin éxito o con éxito discutible. Mata a la mayoría de mujeres y jovencitas que se sienten seducidas por el destello magnético que emana. Aura, energía, fiereza, concentración, poder y magia de una no muerta.

A las que no convierte en esclavas se las lleva al fondo del lago, del mar o del río. Se bebe su sangre y se come su carne. No